

Aniversario de Fats

Por Antonio Marquerie

Cuando Fats Waller murió, hace ahora 17 años —en diciembre de 1943—, quienes amamos el jazz tan entrañablemente como a una nueva e íntima vida propia, tuvimos la sensación de que perdíamos con él mucho de nuestro humor ingenuo y desconcertante, aquel que nos proporcionaba la alegría más sana de vivir.

* * *

Fats no era un ser de nuestro mundo. Yo soy el único que sé la inefable y fantástica historia del travieso Tom Waller, quien no era norteamericano, sino del país de donde son los seres pacíficos y bondadosos.

Es un país muy pequeño porque los seres pacíficos y bondadosos escasean mucho. Tom, pues, había nacido en él.

Pero resultó ser muy travieso. Demasiado travieso. Ser travieso no es ser malo, sino, por el contrario, mejor, de modo que Tom, como el resto de los ciudadanos bondadosos y además traviosos, fué escogido para estrechar las relaciones, cada vez más adustas y difíciles, entre su país y la Tierra.

Por qué su familia deseó que fuera eclesiástico —como muchos ciudadanos del país de los seres pacíficos y bondadosos—, no lo sé, pero que a Tom no le atraía demasiado la vida contemplativa, eso sí lo sé.

Le atraía irresistiblemente la música. Le apasionaba, sencillamente porque era un Waller más. En el viejo hogar paterno se conservaba amorosamente un pequeño armonio y muchos recuerdos del abuelo Adolp, que había sido violinista en Alemania.

Tom, pues, no sería eclesiástico, pero iniciaría su vida musical como organista en una iglesia negra en Nueva York.

¡Cómo se acordaría de él el pobre párroco cuando Tom dejó de tocar para la iglesia! Inspiraba su música una devoción tan intensa, y se resolvían tan fácilmente los pequeños problemas de la feligresía...

Hasta cuando reñían escandalosamente el viejo Nat y su mujer, nadie dejaba de pensar que no era tan importante avisar al buen cura como a Tom —que, por cierto, Dios sabe dónde se hallaría— cuando Nat estaba a punto de pegar a Bessie.

El sistema curativo era tradicionalmente infalible. Nat, sumido en un oscuro rincón de la iglesia; Bessie, en otro. Y Tom, al órgano. Luego:

—Ea, muchachos. Dejad de llorar y marchaos a casa. Pensad que las miserias humanas son insignificantes junto a la gloria divina. Y que no os vuelva a ver más por aquí en la misma situación. Vámonos, Tom, hijo.

Cuando el país de los seres pacíficos y bondadosos recordó a Tom Waller que la Tierra no se reducía a la pequeña feligresía de Nueva York fué cuando comenzó acompañando a Sarah, Martin, y continuó con Erskine Tate, Don Redman y Fletcher Henderson, hasta reunir con Eugéne Sédric, Herman Autrey y Albert Casey el pequeño conjunto al que debemos las interpretaciones más felices de Fats.

Era un jazzman íntegro. Estaba poseído del espíritu del «jazz» porque era negro, pero sólo en muy pocos

negros coincide la pureza del lenguaje en el que Fats se expresaba con su espléndida imaginación.

Era también un instrumentista excepcional. Cuando posaba sus grandes manos sobre el teclado, nadie podía imaginar que fuese para acariciarlo tan suavemente y extraer de él las armonías más insospechadamente bellas. Amaba fielmente a sus instrumentos, y ellos —el piano y el órgano— le reservaban sus mejores ternuras.

Existía una íntima comprensión entre ambos, que no desaparecía ni aún en los más exaltados *crescendos* o cuando Fats se lanzaba a un fantástico *stacatto* montando sobre la poderosa rítmica de su mano izquierda, en contraste con la incalculable riqueza melódica de su derecha.

¿Era un *ragtimer*? ¿Un *melody piano player*? ¿Un *rhythm man*? Fats era cuanto quería y como quería, porque jamás dejaba de ser un *jazz player*, y nadie ha tenido tantos motivos como él para ser, durante veinticinco

Pasa a la página 19



Fats Waller